



Antonio de Ciudad Real

“De un monstruo que nació en el pueblo de Zapotitlán”

p. 138-140

Antonio de Ciudad Real

*Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes*

*Tomo II*

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156\\_02/tratado\\_curioso.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

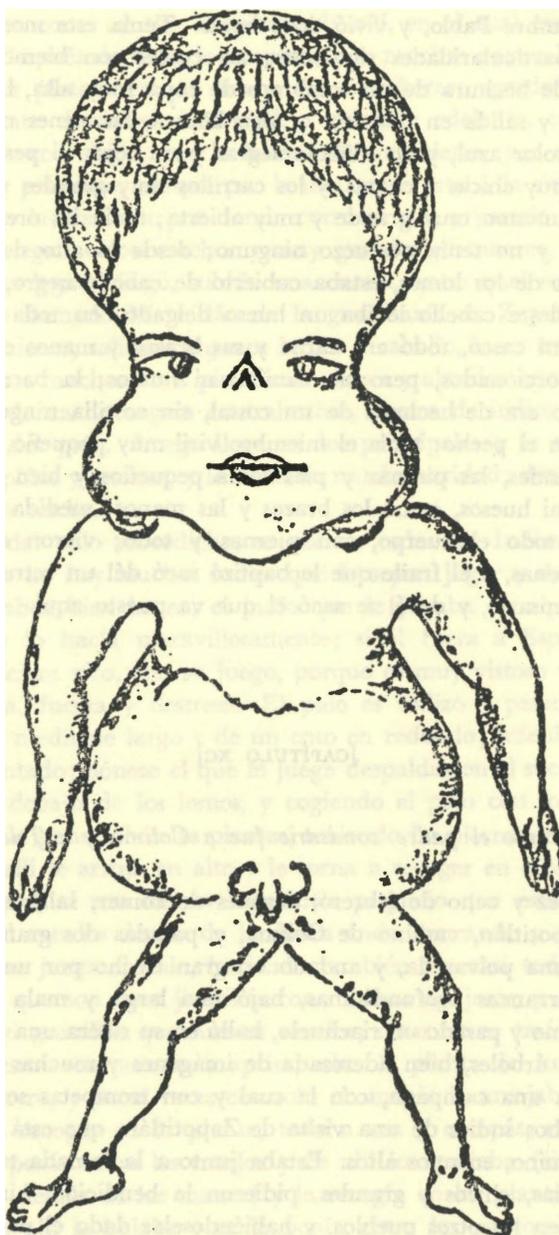
hay en aquel pueblo muchos zapotes de los comunes, y muchos de los árboles que llevan la fruta llamada bonetes de abad. Los indios de aquel pueblo y los demás de la guardianía hablan una lengua particular, excepto los de uno llamado Amolan, que hablan otra diferente, pero los más entienden la mexicana, y en ella se confiesan y se les predica y caen todos en la jurisdicción de México y en el obispado de Xalisco; en una visita de aquella guardianía se coge algún trigo y en otra moraba un español. Cuatro leguas de Zapotitlán está una sierra muy alta que casi todo el año tiene nieve, poca o mucha, y no muy lejos della está un volcán que de cuando en cuando echa de sí mucho humo; óyese dentro del volcán muy gran ruido y tiembla algunas veces la tierra en sus alrededores; parécense mucho al volcán y a la Sierra Nevada de junto a México, aunque por las profundas barrancas que hay en su circuito no se puede subir a lo alto.

Hay entre los indios de aquella guardianía (según certificaron al padre comisario) muchos hechiceros, y ora fuese por sus hechicerías, ora por alguna virtud y secreto de naturaleza, o por otra vía sobrenatural, sucedió que estando un indio cavando un hormiguero allí en Zapotitlán para sacarle de cuajo, en las casas de la comunidad, hecho ya un hoyo que le llegaba hasta la cinta, salieron del mismo hoy tantas y tan grandes llamas de fuego, que hicieron salir al pobre indio muy de prisa, y más que de paso, saltando y dando voces, a las cuales acudió el alcalde mayor y vio salir las llamas, y viendo que no cesaban, hizo traer agua bendita, y echándola dentro del hoyo cesaron, y luego le mandó cegar. A este mismo alcalde mayor le cogió una vez, según él mismo contaba, un torbellino o remolino tan recio, que le llevaba tras sí y le levantaba de la tierra de tal manera, que tuvo necesidad de asirse muy fuertemente a un poste; y aún los frailes de aquel convento certificaban que vieron una noche grandísimas llamas de fuego en el hospital, que está junto al mismo convento, que parecía quemarse todo, y que habiendo ido a ver lo que era, no hallaron llama ni fuego ninguno, sino un bulto negro y grande, el cual se les desapareció delante de sus ojos.

#### [CAPÍTULO LXXXIX]

#### *De un monstruo que nació en el pueblo de Zapotitlán*

En aquel convento de Zapotitlán moraba un religioso sacerdote, el cual certificó al padre comisario, afirmándolo con juramento, que a veinticuatro



de febrero del año de ochenta y seis, día de San Mathías, parió una india de aquel pueblo, llamada Elena, un monstruo, el cual él bautizó y le puso por nombre Pablo, y vivió doce horas. Tenía este monstruo la proporción y particularidades siguientes, las cuales son bien de notar: la cabeza era de hechura de un sombrero de copa muy alta, la frente tenía muy grande y salida en demasía y algo blanca, las sienes muy hundidas, los ojos de color azul, y las niñetas negras y sin cejas ni pestañas; las narices tenía muy chicas y chatas, y los carrillos muy grandes y muy salidos, y la boca asimesmo muy grande y muy abierta; tenía las orejas debajo de los carrillos, y no tenía pescuezo ninguno; desde lo alto de las espaldas, hasta lo bajo de los lomos, estaba cubierto de cabello negro, algo largo, y por debajo deste cabello le iba un hueso delgado; en toda la cabeza no tenía hueso ni casco, todo era carne y sus brazos y manos eran pequeños y bien proporcionados, pero sin canillas ni huesos; la barriga y vientre con el pecho era de hechura de un costal, sin costilla ninguna sino solos dos huesos en el pecho; tenía el miembro viril muy pequeño, y los testículos muy grandes, las piernas y pies tenía pequeños y bien sacados, pero sin canillas ni huesos, como los brazos y las manos; medida la cabeza era mayor que todo el cuerpo, con piernas y todo; vieron este monstruo muchas personas, y el fraile que le bautizó sacó dél un retrato y se le dio al padre comisario, y de él se sacó el que va puesto aquí.

### [CAPÍTULO XC]

#### *De cómo el padre comisario fue a Colima y a Tuchpan*

Miércoles diez y ocho de febrero, después de comer, salió el padre comisario de Zapotitlán, camino de Colima, y pasadas dos grandes barrancas con grandísima polvareda, y andado un gran trecho por una loma, entre otras dos barrancas profundísimas, bajó una larga y mala cuesta, y llegado a lo llano y pasado un riachuelo, halló en su ribera una ramada hecha de ramas de árboles, bien aderezada de imágenes y muchas naranjas, colgada en ella una campana, con la cual y con trompetas solemnizaron su llegada muchos indios de una visita de Zapotitlán, que está algo desviada de aquel camino, en unos altos. Estaba junto a la ramada todo el pueblo, indios e indias, chicos y grandes, pidieron la bendición, hincados de rodillas como en los otros pueblos, y habiéndoselas dado el padre comisario, a su instancia y ruego, y por no desconsolarlos, se detuvo con ellos media